

parecen tener muchas perspectivas, a no ser que se den cambios importantes en diversos órdenes. El libro termina con el planteamiento de una estrategia, a base de diversos autores, que van desde Ramón López Velarde hasta Jorge Aguilar Mora y Carlos Fuentes, pasando por Rolando Cordera, Pablo González Casanova, Julio Boltvinik *et al.*, en un conjunto *sui generis* de "nuestros mejores economistas, sociólogos y escritores" (269). Este proyecto, huelga decirlo, es parte de una posición política, patente en el desarrollo anterior del libro y plenamente explícita en esta segunda y última parte. Dentro de ella, Sefchovich toca los grandes problemas de México: el sentido mismo de la idea del crecimiento económico, la necesidad de una autosuficiencia alimentaria, una política fiscal justa, una práctica verdaderamente ecológica, un replanteamiento de la deuda externa, un cambio de valores en el pensamiento nacional, la recuperación de las culturas plurales que existen en nuestro país, el aprovechamiento de los medios masivos de comunicación con fines educativos y no comerciales, y la asunción plena y consciente del ser mexicano. Probablemente muchos lectores considerarán esta parte excesiva y prescindible, y que tal vez encontraría un mejor lugar en una obra de otra índole. Sin embargo, dentro de la perspectiva de Sefchovich, no sólo resulta comprensible, sino necesario, asentar sus propuestas para la "salvación nacional", pues el futuro de la cultura, junto con la literatura, sin duda va aparejado con el futuro nacional.

ADRIANA SANDOVAL

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

EMMANUEL CARBALLO. *Bibliografía de la novela mexicana del siglo XX*. Col. Materiales de Extensión Universitaria. Serie Textos 2. México: UNAM, 1988.

Esta obra tiene una doble importancia, que se debe, por una parte, a la bibliografía propiamente dicha y por la otra, al prólogo, en el que el autor expone sus ideas en torno al desarrollo de la novela contemporánea y reflexiona sobre el porvenir del género en México. Para Carballo, el siglo XX se inicia políticamente con el movimiento armado de 1910, pero en la narrativa comienza años antes, con "documentos que reflejan la vida económica, social y política durante la larga dictadura de Porfirio Díaz" (9). Estos textos pertenecen, por su estructura, estilo y personajes, a la "prosa decimonónica, inscrita en

el realismo costumbrista y que se permite, en algunos casos, audacias más o menos naturalistas" (9).

Las dos tendencias que caracterizan la literatura del siglo XX se manifiestan en el seno del Ateneo de la Juventud: la corriente imaginativa o fantástica se inicia con *Ensayos y poemas* (1917) de Julio Torri y con *El plano oblicuo* (1920) de Alfonso Reyes; la realista, a la que pertenecen las obras de Martín Luis Guzmán y de José Vasconcelos, se muestra ya en *Los de abajo*; sin embargo, mientras los dos ateneístas trataron de ser contemporáneos de su tiempo, "don Mariano pocas veces pudo librarse de las ataduras que lo ligan al siglo XIX" (10). Si la prosa imaginativa fue una evasión del presente, la realista, producto de la lucha armada, se prestó al alegato personal, a la defensa de partido y a la crítica de la Revolución hecha gobierno.

El colonialismo fue una reacción contra el afrancesamiento de los modernistas precedentes; buscó las raíces más profundas del país en la tradición hispánica. Por su parte, los Contemporáneos, herederos de la actitud universalista del Ateneo, "adivinaron, sin proponérselo, el futuro del país: la derecha con que simpatizaban (o a la que no se opusieron) triunfó y configura de arriba a abajo la realidad política de ahora" (11). A partir de este momento, la literatura se encontrará "sumisa a los cambios que impone el gobierno" (12). Esta afirmación, además de tajante y arriesgada, es equivocada, ya que más bien la literatura refleja las aspiraciones nacionales o, por lo menos, de las clases dominantes —entre las que se encuentran algunos escritores—, pero no se somete a la política del gobernante en turno. No obstante, es interesante la propuesta de Carballo de relacionar la política con los temas literarios y que la ejemplifique con novelas representativas.

Durante el mandato de Lázaro Cárdenas (1934-1940) se produjeron dos tipos de novela de interés sociológico: una prosa campesina sobre el reparto de la tierra, con personajes arquetípicos (los hacendados son malos y los campesinos, buenos en toda situación) y la novela indigenista, que, para el autor, se encuentra más próxima al indianismo, salvo excepciones como *El indio* (1935) de Gregorio López y Fuentes y *El resplandor* (1937) de Mauricio Magdaleno.

La tendencia urbana, iniciada por *Nueva burguesía* (1941) de Mariano Azuela, es consecuencia de la política de Manuel Ávila Camacho (1940-1946), que apoyó el desarrollo industrial y el crecimiento de las ciudades.

*Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez y *Pedro Páramo* (1955)

de Juan Rulfo agotan el tema revolucionario al explotar todas sus posibilidades, a la vez que "facilitan el advenimiento de un nuevo lenguaje, de nuevos tipos de estructura y estilos y, sobre todo, el acceso a una temática distinta" (13). Sin duda alguna, ambas novelas representan un momento culminante dentro del panorama narrativo nacional, pero el autor no aclara cuáles son las posibilidades del tema revolucionario que explotan.

A partir del gobierno de Miguel Alemán (1946-1952) los narradores dejaron de "poner en práctica, a su modo muy peculiar, los planes sexenales del presidente en turno" (17); incluso, poco tiempo después de terminado el sexenio (1958), se publicó *La región más transparente* de Carlos Fuentes, primera crítica a la política alemanista y al mito del "milagro mexicano".

Los años cincuenta se caracterizan por dos actitudes: "el rechazo del pasado inmediato y el desconcierto ante el futuro" (14), actitudes que perviven hasta los sesenta, cuando se descubre que la vida mexicana no es revolucionaria ni propensa a cambios radicales. *Gazapo* (1965) de Gustavo Sainz y *De perfil* (1966) de José Agustín inician una nueva etapa en la narrativa al presentar el lenguaje y comportamiento juveniles. La matanza de Tlatelolco (1968) convertirá al intelectual mexicano en un "creador [...] comprometido con la liberación de su pueblo" (15) y lo hará al renunciar a un "concepto de arte que se decía realista y en el fondo era idealista" (15). La realidad descarnada es la que se muestra en la obra de José Revueltas: en ésta, los personajes no tienen escapatoria, salvo la muerte. La narrativa de los años setenta y ochenta, por su parte, refleja en gran medida la crisis que vive el país.

Mención aparte merece la obra de Fernando del Paso, quien muestra una visión enciclopédica de la realidad, un interés notable por extraer los más ocultos significados del lenguaje y un gran amor por la ciudad de México y por la historia nacional, de la que rescata héroes caídos y antihéroes.

Los actuales narradores son menos autodidactas y más profesionales: prefieren no seguir un modelo para experimentar técnicas, estilos y estructuras; sin embargo, "la novela y el cuento que hoy escriben [...] no son óptimos ni excelentes, en muchos casos son buenos a secas" (18). En líneas generales la literatura reciente es intimista, se abstiene de tratar temas políticos, está obsesionada por el sexo y se encuentra habitada por jóvenes que hablan y se comportan como tales.

El autor, al observar la íntima relación que existe entre la evolución

de la historia de México y la de la novela, se pregunta dónde se desarrollará la novela del futuro e imagina que, ante el desastre ecológico que está ocurriendo en el Distrito Federal, las narraciones se trasladarán a las ciudades de provincia, escenarios cercanos a la naturaleza, donde los personajes adoptarán dos posturas: "la complacencia y el repudio; es decir, los síndromes del paraíso recobrado y del paraíso perdido" (19).

En términos generales, el prólogo presenta una visión esquemática de la novela mexicana, dejando de lado temas, novelas y periodos que, al menos en parte, también presentan nexos directos con situaciones políticas determinadas: tales son los ejemplos de la novelística cristera y de la novela del petróleo, por sólo citar dos ejemplos fácilmente identificables.

La narrativa cristera se ocupa del movimiento armado ocurrido entre 1926 y 1929 por causa de la política anticlerical del presidente Calles. Aunque la mayoría de estas obras carece de valor estético, su importancia radica en su vigencia: *Héctor* de Jorge Gram, primera novela del ciclo (publicada originalmente en 1930), tiene una novena edición de 1983, y *Los cristeros. La Guerra Santa en los Altos*, de José Guadalupe de Anda, cuenta con una tercera edición en 1974; lo anterior demuestra que estas obras, a pesar de narrar hechos tan alejados para un lector contemporáneo, cuentan con un grupo potencial de lectores, de clara tendencia católica. Por su parte, la novelística escrita en los años cuarenta, que trata la problemática de la industria petrolera o la de las clases obreras, debe verse, junto con la prosa campesina y la narrativa indigenista, como la expresión literaria del proyecto gubernamental del general Cárdenas.

Por lo que respecta a la bibliografía, se trata de una importante contribución para el estudio de la novela mexicana más reciente, pues una obra similar, la *Bibliografía de novelistas de la Revolución Mexicana* de Ernest Moore, se publicó hace ya más de cuarenta años. La de Carballo se encuentra dividida en dos secciones: la primera comprende el repertorio de las obras publicadas entre 1900 y 1987, ordenadas cronológicamente; la segunda contiene la misma información pero organizada por autor, en forma alfabética. La primera sección proporciona panorámicas anuales de autores y obras publicadas, a la vez que da cuenta del aumento de la producción literaria y editorial en los últimos años.

Haré algunas observaciones sobre la parte bibliográfica: 1) Un trabajo de esta naturaleza difícilmente puede enlistar todas las obras

sobre un determinado tema; sin embargo, en la medida de lo posible, debe recurrirse a la mayoría de los trabajos preexistentes que aportan información. Carballo se limita a tres bibliografías y a utilizar como fuente la biblioteca de un joven escritor mexicano, Francisco Guzmán (llama la atención que no figure la biblioteca del propio autor). 2) La obra más reciente de consulta es la ya mencionada de Ernest Moore, publicada en 1941; es de lamentar que no haya utilizado obras más recientes, como el *Diccionario de escritores mexicanos* (1967) de Aurora Ocampo y Ernesto Prado o *Cuentistas y novelistas de la Revolución Mexicana* (1985) de Xorge del Campo, quien proporciona autores y novelas desconocidos. 3) Si la ausencia de autores es comprensible, no lo es la inclusión de obras que no pertenecen al género, como las Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, quien pertenece al siglo anterior; las *Memorias* de Gonzalo N. Santos; *Los presidentes* de Julio Scherer García o el *Anecdotario de San Jacinto* de Marte R. Gómez, ya que se trata de obras de carácter testimonial o autobiográfico y que se encuentran alejadas, por el tiempo y la intención, de la prosa surgida después de la Revolución (a la que pertenecen las novelas testimoniales de Martín Luis Guzmán). 4) Un último punto que reclama la atención es la alfabetización, tan caprichosa, que permite que Juan Guzmán Alemán anteceda a Humberto Guzmán y que Efrén Hernández se encuentre después de Ernesto Hernández Bordes y Jorge Hernández Campos, por sólo citar dos ejemplos (172-173). Las leves fallas señaladas no restan importancia ni utilidad a la obra, que además se encuentra enriquecida con diez fotografías, propiedad del autor, de algunos escritores del presente siglo.

CARLOS ALBERTO RUBIO

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM